



CAPÍTULO IX.

LA MORDEDURA DE LA SERPIENTE.

CLARO está que el Diputado electo no había de pasar por la cabeza de su distrito como un rayo desprendido de las nubes. Era la primera vez que pisaba aquella comarca, y parecía natural que se enterara por sus propios ojos de las necesidades del pueblo y de la mejor manera de remediarlas. Además, había objetos dignos de la culta curiosidad de un viajero ilustrado. Aún podían verse, formando el primitivo recinto de la población, cimientos medio desenterrados de muros romanos : allí está la iglesia mayor, de origen gótico, destruída y profanada por los árabes y reedificada en tiempo de D. Alfonso XI, con todo el exceso de adornos y de-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

talles del gusto bizantino; fuera del pueblo, á corta distancia de las últimas casas, se descubren todavía las ruínas de una mezquita, cuyas paredes desgarradas parece que lloran su pasado dominio y su extinguida gloria; más allá, sobre una pequeña colina, mordido por el tiempo y surcado por la intemperie, aún se levanta el *rollo*, suplicio permanente, que atestigua la antigua jurisdicción de la villa, columna miliaria que señala el tránsito de toda una época; rebuscando en los pedregales y en los derrumbaderos próximos, se pueden encontrar restos de mosaicos despedazados, tiestos de ánforas rotas, y monedas gastadas, que sólo pasan en el mercado de los anticuarios más especialmente dedicados á la numismática.

Mas si el Diputado electo vive tan de prisa que no tiene tiempo para detenerse á contemplar esos despojos de lo pasado, la naturaleza, más antigua que la historia y más artista que el hombre, le ofrece lugares pintorescos, sitios caprichosos, perspectivas inagotables, eterna desesperación de los paisajistas. Allí está el *Juncar* de los Cañizares, con su hilo de agua que baja del monte, con sus pequeños huertos escalonados, con sus colmenas formadas en línea, con su majada que humea al caer de la tarde, cuando el rebaño vuelve de pastar en las laderas vecinas. Detrás,

más arriba, como colgada en la pendiente de la sierra, está la Gruta milagrosa. En ella, buscando los reconquistadores agua con que apagar la sed que los devoraba, encontraron tres tesoros: una imagen de la Virgen toscamente tallada en piedra oscura, un cofre de hierro que contenía collares de perlas, brazaletes de oro y una diadema cuajada de piedras preciosas, y cavando más en el fondo de la gruta, tropezaron con una vena de agua, que saltó sobre sus rostros, escapándose entre las grietas de los peñascos. La piedad erigió una capilla bajo la advocación de la Virgen de los Remedios, y la más viva devoción, heredada de padres á hijos, cubrió las paredes de la ermita de milagros de cera y el altar de sencillas y fervorosas ofrendas.

Desde este lugar, consagrado por la tradición y la fe, refugio de las esperanzas humanas, consuelo de las desdichas y remedio de los males, se extiende como en inmenso anfiteatro un paisaje cuyos límites se confunden con el horizonte. La tierra se humilla ante el pórtico de la Ermita y descende hasta la llanura en cañadas bordadas de sementeros y festoneadas por largas hileras de naranjos, almendros, olivos y granados; lentiscos, tomillos y romeros rodean el santuario como en perpetua ofrenda, y el pinar trepa hasta la cumbre de la sierra, como si qui-

siera formar sobre la Ermita un dosel siempre verde.

Desde este lugar, digo, parece que la tierra se hunde y que el cielo se acerca. Al pie se ve el pueblo recostado sobre una pequeña eminencia como rebaño que sesteá, y los viñedos, los olivares y los sembrados se empujan unos á otros, dejando á su paso sobre la llanura viviendas aisladas, rústicas alquerías y majadas solitarias.

Pero bien podía el Diputado electo ser insensible á los encantos del paisaje, y aun podemos darle por seguro, pues nada revelaba en él inclinaciones contemplativas. Mas, en tal caso, todavía le ofrecía el pueblo el atractivo de un nuevo recreo. Los pinares de la sierra, salvados hasta entonces de la devastación universal, ofrecían caza abundante. Mas el alcalde estaba en todo, y tenía ya dispuesto el orden de los festejos.

Ante todo, era preciso recorrer oficialmente las principales calles del pueblo, y de paso visitar á los primeros contribuyentes. Un vistazo á la iglesia mayor, donde había curiosidades que ver, era de cajón; un día siquiera de gira á la ermita de los Remedios, se caía de su peso; y tres días, aunque no fuesen más que tres, de jolgorio en la sierra, venían de molde. Cabalmente se estaba en la época de la caza del ma-

cho, y entraban las perdices á manojos. Más aún: se había presentado en la sierra un lobo, que hacía grandes destrozos en la comarca, sin que se hubierà podido darle alcance, de modo que un ojeo con el representante del pueblo á la cabeza, y de allí á la gloria. Tal era el programa del Ayuntamiento.

Hay una vanidad muy susceptible, y es la vanidad local: todo el mundo pone en las nubes el lugar en que ha nacido, aunque ese lugar se halle en el último rincón de la tierra. El Diputado no podía sustraerse á estos obsequios, en que estaba empeñada la vanidad de sus electores. No había más remedio que someterse. Hay agasajos crueles.... cierto: pero el héroe de la fiesta no podía negarse á ellos sin comprometer el éxito que desde el primer momento había obtenido su presencia. Éxito loco, porque la familiaridad de su trato, la franca soltura de sus modales, el abandono de sus conversaciones y la malicia de sus cuentos, los tenían á todos con la boca abierta; jamás habían visto un hombre más divertido. ¡Vamos!: se los llevaba de calle.

Hablaba de todo con esa erudición superficial con que el mundo ilustra á los hombres, sin necesidad de que abran ni cierren ningún libro, y con ese desenfado con que el vulgo culto sorprende á la ignorancia de las gentes sencillas.

El hecho es que había caído de pie en medio de sus electores, que jamás pensaron en elegirle, y que ya se disputaban el honor de haberlo elegido. ¿Qué había de hacer?... Era preciso entregarse á los inconvenientes de su posición. Por otra parte, el entusiasmo que inspiraba le debía ser muy lisonjero. Además, lo trataban á cuerpo de Rey. Y, por último, después... ¡Después!... ¡Cuándo volverían á echarle la vista encima!

La comitiva salió de las Casas consistoriales; el cuerpo municipal íntegro formaba el acompañamiento, y los más curiosos y los chiquillos desarrapados, que en todas partes se encuentran, componían la escolta. Justo es decirlo: á su paso se entreabrían las ventanas, se abrían los balcones, y se descorrían las cortinas, dejando ver caras morenas, de ojos negros y labios encendidos, unas curiosas, otras afables, otras serias: era una ovación á la que el Diputado correspondía dignamente.

El alcalde le iba haciendo notar las circunstancias locales más curiosas.

—Vea V. (le decía); aquel caserón donde entra ahora el carro de los Jiménez, fué antes Casa de Ayuntamiento, y este esquinazo que dejamos á la derecha fué el Pósito. Yo le compré por cuatro cuartos, y me he hecho una almazara....

Mire V.: ¿ve V. esta piedra que está empotrada en la pared?... Pues ahí debió darse una batalla muy antigua. Dicen que es la losa de un sepulcro, y puede que sea, porque tiene letras. Repare V..... C..... M..... Quiere decir: *cayó muerto*. Lo demás está en latín.... Creo que era el general de los romanos.

Siguieron adelante; y al volver la primera esquina, el alcalde se detuvo, diciendo:

—¿Ve V. aquella casa que cierra la calle? Es la casa de los Pachecos; y aquel escudo que se divisa debajo del balcón, es el escudo de la familia. ¡Casa muy noble! Pacheco no tuvo más que una hija, que se casó con Martín Cañizares, que vive en la casa de su padre. También tiene otra hija; pero de mi flor....: ya la verá V., porque ahora entraremos en su casa. Es gente de muchos pergaminos.

Así cruzaron algunas calles, sin que hubiese que observar nada notable, hasta que llegaron á una callejuela que dejaron á la izquierda, y entonces dijo el alcalde:

—Ahí fué donde el perro del tío *Pelendengue* le mordió al muchacho de la tía *Roncas*, y se armó una en el pueblo, que ardía Troya.

—¿Sí, eh?—preguntó el Diputado.

—Eche V. la cuenta.... Como que el perro estaba rabiando.

—¿Y murió el muchacho?

—¡Ya lo creo!: murió como un perro.

—Sigamos derecho (dijo uno de los concejales), porque por ahí vamos á salir á las eras.

—Por aquí, por aquí (replicó él alcalde). Daremos la vuelta por la calle del *Barranco*. Quiero que vea el señor Diputado, nuestro digno representante, la cruz de *Mindolo*.

Y adelantándose á la comitiva, echó por un callejón tan pendiente, que parecía un derrumbadero. Bajaron uno detrás de otro, siguiendo la dirección del alcalde, hundiendo los pies en el terregal que formaba la pendiente de la calle, al fin de la que el Presidente del Ayuntamiento se detuvo, señalando con la vara de la justicia administrativa la desconchada pared de la última casa, al mismo tiempo que decía:

—Aquí acabó *Mindolo*. Esta es la cruz, y ahí están para perpetua memoria las señales de las balas.

En efecto: se veían las señales que el alcalde indicaba, y una cruz de madera unida á la pared, y cogida con yeso sobre un poste de ladrillo.

Uno de los concejales de la clase de artesanos hizo esta advertencia:

—Todos los años hay que renovar el poste de la cruz, porque no se sabe quién se entretiene en echarlo por tierra.

—¿Quién?... (exclamó otro concejal de la clase de labradores.) ¿Quién ha de ser? *Mindolo* está en los profundos infiernos, y no se empareja bien con la cruz, y faja con ella.

—Eso debe ser (dijo el Diputado, enseñando algo incorrectos pero blancos los dientes que descubriría su eterna sonrisa). Y bien (preguntó): ¿quién era *Mindolo*?

—¡*Mindolo*!... (exclamó el alcalde admirado.) ¿No ha oído V. hablar nunca de *Mindolo*?... Pues ha sido el ladrón más famoso que se ha paseado en tierra de cristianos. Era el terror de estos contornos. Tenía su guarida en la sierra, y no se le podía meter mano. Era muy hombre, mucho corazón, muchos puños y muchas piernas. Desbalijaba á todo el mundo en veinte leguas á la redonda: lo mismo estaba aquí que allí, que en todas partes: era el amo de los cortijos y de las alquerías; lo mismo era decir *Mindolo*, no había hombre que no se echara boca abajo.

—¿Quién le dió caza?—preguntó el Diputado.

—¿Quién? (le contestó.) Una mujer: la *Pastora*; la moza más cabal que ha nacido de madre.

—¿Y cómo fué eso?

—Fué de esta manera: á la caída de una tarde estaba la Pastora en el cortijo de la *Hondonada*, que había ido á cuidar á una tía suya que

estaba enferma, y que murió de resultas, cuando sin ser visto ni oído, cátese V. allí á *Mindolo*. Aquello fué un relámpago; cogió á la Pastora por la cintura, se la echó al hombro, y se metió en la sierra. ¡Hágase V. cargo! Al otro día apareció ella en el pueblo; venía como si tal cosa; no se la pudo sacar palabra, y se metió aquí en esta misma casucha, donde vivía su madre, que era viuda de un pastor de cabras. Verá V.: la gente, que todo lo huele, dió en decir que la muchacha iba de noche á la sierra, porque la habían visto venir por el camino de la Hondonada una vez al romper el día, y las malas lenguas no le dejaban hueso sano. Y el caso es que la Pastora tenía un novio, el menor de los Vigiles, que eran dos hermanos de pelo en pecho; pero desde el lance del *Cortijo* el novio no aportaba por la casa de la Pastora. Y aquí tiene V. que una noche corrió el *rum rum* de que *Mindolo* estaba en el pueblo, durmiendo en casa de la Pastora. Los Vigiles iban de puerta en puerta dando la noticia, armados los dos con carabinas. Las mujeres se encerraron en los últimos rincones de las casas, y los hombres más valientes, unos con escopetas, otros con chuzos, otros con hachas, otros con palos, se fueron acercando á la puerta de la casa que da á la otra calle; pero ninguno se determinaba á

ser el primero. En esto se abrió con mucho tiento esa ventana que ve V. encima de la cruz, y asomó una cabeza. En la calle no había alma viviente, porque en la confusión no se había ocurrido que por aquí podía escaparse. Dicho y hecho: *Mindolo* echó el cuerpo fuera, se escurrió por la pared, y saltó en tierra.

—¡Bien por *Mindolo*!—exclamó el Diputado, que oía atentamente el relato del alcalde.

—Espere V. (le dijo éste); porque lo mismo fué caer en tierra, le descerrajaron dos balazos que lo dejaron seco al pié de la ventana. Fueron los Vigiles, que, conchabados con la Pastora, estaban ocultos detrás de la esquina.

—De manera (dijo el Diputado) que ella lo vendió....

—Como á un chino (añadió el alcalde). Se la guardó hasta que pudo vengarse. Pero no fué coser y cantar.... porque *Mindolo* se comió la partida, y antes de tomar soleta la remató de una sola puñalada.

Á todo esto, durante la excursión por las calles del pueblo, la comitiva salía de una casa y entraba en otra, porque era preciso visitar á las principales familias y cumplir con este deber electoral, siquiera con los primeros contribuyentes. En todas partes se le recibía con las mayores muestras de admiración, y en cada una

de ellas encontraba el indispensable agasajo de un *piscolabis*. Una mesa, sobre la mesa una bandeja, sobre la bandeja tortas, bizcochos y dulces; alrededor algunas botellas de vino de la última cosecha: he ahí el *buffet* obligado en todas las casas. Y no había más remedio que hacer los honores á tan señalado obsequio; pues desairarlo habría sido una falta imperdonable. Así es que al llegar al sitio de la catástrofe de *Mindolo*, la comitiva llevaba tomadas ya diez veces *las once*.

Como á su tiempo indicó el alcalde, dieron la vuelta por la calle del *Barranco*, viniendo á desembocar en la plazuela de los Cañizares, frente á frente de la casa de Martín. Entraron en ella, y subieron la escalera con la solemne lentitud que el caso requería. Marta los condujo á la sala principal, amueblada con sillas de nogal de asientos de paja, formando el estrado un sofá de la misma especie que las sillas, una consola colocada entre los dos balcones y sostenida por cuatro columnas salomónicas, contenía dos floreros, cubiertos con sus respectivos fanales; en medio una mesa, donde se veía la efigie de la Virgen de los Remedios; sobre la urna el cuadro pintado con vivos colores, en que se ostentaba el doble escudo de las dos familias; seis retratos de antepasados de una y otra casa de muy dudosa semejanza, y más respetables por la anti-

güedad que por el mérito, decoraban las paredes. No había mesa, ni bandeja, ni tortas, ni bizcochos, ni dulces, ni copas, ni botellas: así es que el Diputado respiró como quien saca la cabeza del agua.

La visita tuvo que esperar un momento, al cabo del que entró en la sala Martín Cañizares con su cara tostada por el sol del campo, en la que empezaban á marcarse las líneas de la edad, pues habían caído sobre su persona ocho años más de vida desde la última vez que lo vimos. El alcalde era naturalmente el introductor de embajadores, y se adelantó diciendo:

—Sr. D. Martín: aquí hemos venido á que conozca V. á nuestro Diputado.

—Bien hecho (contestó Cañizares restregándose las manos). Esta casa está siempre abierta para todo el mundo.

—Yo (añadió el Diputado electo) cumplo con un deber dando las gracias á los electores por la confianza que me han dispensado.

—Nada de eso (replicó Cañizares). Á mí no me debe V. gracias ningunas, porque yo no lo he votado; y en cuanto á los dependientes de la casa, nunca se matan por acudir á las elecciones. Esas son cosas que arreglan los gobernadores con los Ayuntamientos; los demás no llevamos vela en ese entierro.

—De todas maneras (dijo el Diputado electo), es para mí una satisfacción estrechar la mano del ilustre descendiente de los Cañizares.

—Y lo será mía (replicó Martín), si el señor Diputado le hace entender al Gobierno que hay aquí unos cuantos españoles que también viven en el mundo. Pero, ¡vamos!, yo soy franco, y me temo que al fin nos hará V. la trastada.... Perdone V. mi rudeza; lo digo, porque eso es lo que hacen todos.

El Diputado se mordió los labios; el alcalde se deshacía en señas, que Cañizares no veía, ó no quería ver. Al fin echó por medio, diciendo:

—El Sr. D. Martín siempre el mismo. ¡Y bien! ¡la familia buena?... Ya aquí, quisiéramos saludarla.

—No hay inconveniente (dijo Cañizares; y acercándose á la puerta, gritó, haciendo bocina de la mano): ¡María!.... ¡Nona!.... ¡Aurora!....

No se hicieron esperar. Primero entró María de la Paz seguida de Nona, y saludó con su habitual agrado, mientras abotonaba á sus muñecas las bocamangas del corpiño. La presencia del elegido del pueblo no le causó ni admiración, ni asombro, ni extrañeza. Luego, con paso de reina, dejando admirar las graciosas ondulaciones

de su talle, entró Aurora en la sala, y todos los ojos se volvieron á ella, porque atraía las miradas como la luz atrae á las mariposas.

Nuestro Diputado se quedó atónito; desapareció la expresión burlona que daba animación á su fisonomía, y no pudo ocultar el desvanecimiento repentino de que se sentía poseído. Aurora, por su parte, clavó en él la tenaz mirada de sus altivos ojos; mas poco á poco se fué suavizando la dureza habitual de su rostro, se desató el nudo de su entrecejo, sus labios se entreabrieron, y envió al elegido del pueblo la más dulce sonrisa de su escaso repertorio.

Después de los cumplimientos para estos casos establecidos, la comitiva comenzó á despedirse. Entonces el alcalde se dirigió á María de la Paz, diciéndole:

—El lunes tenemos gira en la *Gruta*. Va medio pueblo.... Conque allí nos veremos.

—Sí (dijo Aurora); allí nos veremos.

—Sí (repitió María de la Paz); iremos, porque para visitar á la Virgen siempre estamos dispuestas.

Martín Cañizares acompañó al Ayuntamiento hasta la escalera. El Diputado la bajó asido al pasamano, porque experimentaba flojedad en las piernas y aturdimiento en la cabeza. Una vez en la calle, alzó los ojos; Aurora estaba en el bal-

cón, y otra vez volvieron á cruzarse sus miradas.

Ella sonreía; él se llevó la mano al corazón, como si hubiese recibido en él un golpe inesperado. Sentía en el fondo de su ser un dolor desconocido, algo semejante á la mordedura de una serpiente.



CAPÍTULO X.

EL COFRE DE HIERRO.

TENEMOS, pues, que el héroe del entusiasmo popular que acabamos de conocer no pudo dormir en toda la noche; y debe saberse que no eran las satisfacciones del triunfo las que ahuyentaban el sueño de sus párpados, porque con el triunfo contaba como César con la fortuna, y lo que agitaba su espíritu era para él enteramente nuevo, no anotado en el libro de sus previsiones.

En primer lugar, la tragedia de *Mindolo* preocupaba su ánimo con tenacidad impertinente; la traición de la *Pastora* le causaba extraña sorpresa; en segundo lugar, la ruda franqueza del señor de Cañizares mortificaba su amor propio.